

Rafael Altamira.

La mujer en las novelas de Pérez Galdós



A terminación de una cuarta serie de *Episodios nacionales*, traerá a la memoria aquellos días gloriosos en que Pérez Galdós, naciendo a la vida de la literatura novelesca, asombraba a la crítica perspicaz por los indicios y promesas de un talento robusto, sólido, originalísimo, de cuya granazón tan dorada y repleta mies había de salir.

La índole de muchos *Episodios*, y aun de varias de las *Novelas contemporáneas*, pudo hacer creer a los lectores superficiales que Galdós iba a encarrilarse de una manera definitiva por el riel, en cierto modo fácil y siempre escurridizo, de la novela que pudiéramos llamar dramática o de enredo, en que lo movido e interesante de la acción exterior, que halaga la curiosidad del gran público, le llena todo, con perjuicio de otras condiciones más fundamentales, que son las que han inmortalizado a los mejores novelistas de nuestro siglo. No quiere esto decir, por descontado, que sea despreciable en la novela la acción movida y accidentada, que en la vida real es elemento importante y el más visible sin duda. Pero así como en la vida todo hecho exterior es pura expresión y resultado de un proceso interno psicológico, en que halla su substancia y razón de ser y su alto sentido y valor de realidad, en el arte, los que sólo atienden a tales manifestaciones externas suelen desligar-

las de su raíz y origen, y quedarse con la cáscara seca y fofa que nada dice ni representa nada.

En Galdós no era de temer semejante peligro. Desde sus primeras obras, notábase en él la iniciación de lo que le ha convertido luego en uno de los más grandes novelistas de este siglo: la psicología honda y aguda, la observación perspicaz y luminosa, que había de llevarle a esas admirables reconstrucciones de caracteres que acercan su nombre a los nombres ilustres de Balzac y Stendhal. Galdós es, efectivamente, ante todo, un creador de caracteres; y en la serie innumerable y rica que ofrecen sus novelas, quizá no hay otros—si se exceptúan los de curas—más completos y de mayor alteza artística que los caracteres de mujer. Esta condición de la literatura galdosiana es de las más relevantes, porque, a pesar del extraordinario desarrollo que la novela ha alcanzado en nuestros días, apenas si cabe citar unos cuantos tipos femeninos que sean fruto de verdadera penetración psicológica, o que traspasen los linderos de las más externas, incoloras y fútiles manifestaciones del alma femenina.

Ya en *La Fontana de Oro* (1872) había apuntado ese agudeza de Galdós para sorprender rasgos fundamentales y nuevos en la mujer. En los primeros *Episodios* quedó obscurecida esta cualidad por otras atenciones absorbentes: las mujeres que por aquellas páginas discurren—Inés, su madre, la inglesa de *Los Arapiles* y tantas otras—, no están más que bosquejadas, deliciosas en todo lo exterior, pero, muy a menudo, faltas de consistencia y de armazón sólida: mas en la segunda serie, cuando vuelven a encontrarse en Madrid *Jenara* y *Monsalud*, recobra y afianza Galdós la perspicacia analítica, doblada de maliciosa experiencia (que a veces se aproxima a la de Campoamor), base de tan grandes aciertos futuros. A medida que avanza la acción, la figura de *Jenara*—mucho más real que la de *Solita*—va nutriéndose y macizándose, haciéndose más humana, y por ello más compleja, hasta convertirse en admirable

retrato de una de estas damas—tan abundantes en la historia secreta de la diplomacia antigua, venidas muy a menos en el ojalalterismo de tiempos recientes —, que a un ingenio sutil, a una travesura graciosa y chispeante, a un talento claro y a un espíritu aventurero y atrevido, unen el fuego de las grandes pasiones, apozado en la excelencia de dotes corporales que utilizan a maravilla. Las páginas autobiográficas de *Los cien mil hijos de San Luis*, son un modelo de esa malicia analítica que ha hecho, más tarde, célebre el nombre de Marcel Prévost.

El tipo de *Jenara* reaparece luego en otras novelas. No es ya conspiradora, ni trashumante, porque los tiempos han variado; pero es siempre la representación de la mujer superficial que vive de todo lo externo y que (usando una acepción de la palabra distinta de la poca honesta que, por antonomasia tan sólo, se le da comúnmente) cabría llamar sensual, contraponiendo los sentidos, como órganos de la exterioridad ligera y egoísta, al espíritu, que atiende a más hondas cosas de la vida. Este tipo, reforzado y multiplicado en la realidad por efecto de una literatura desequilibrada y picaresca que de Francia ha irradiado a todos los países latinos, tiene también admirables representantes en *La Regenta* de Leopoldo Alas, y merece en todos sentidos—artística y socialmente—un cuidadoso estudio. En él señalase el grave peligro de cierto intelectualismo superficial y malsano, de que reviste a la mujer una educación aparatosa y extranjerizada muy en uso, que junta elementos tradicionales de pura apariencia con novedades pegadizas, admitidas por indiscreta concesión a lo moderno, sin pensar bien en sus efectos.

Con más insistencia ha estudiado Galdós la mujer fanática (*Doña María Perfecta* y la sobrina del Penitenciario, *Egipcíaca* y otras), advirtiendo, con admirable intuición, la base de ignorancia real y de pasiones mezquinas, en esa misma ignorancia fundadas, que convierten en temible, aún para los más altos y

sagrados intereses de la vida, ese tipo femenino, tan frecuente en nuestra sociedad actual.

Pero los tres caracteres más originales y estudiados, las tres grandes figuras de mujer que descuellan entre todas en la literatura galdosiana, son, a no dudarlo, *Camila lo prohibido*, *Fortunata de Fortunata* y *Jacinta y Augusta de Realidad*. Es la primera expresión de aquel antiguo ideal de *mujer de su casa*, tan deficiente, sin duda, para una razonable ordenación de la vida, pero tan lleno de sólidas y excelentes cualidades. Fiel, hacendosa, limpia de corazón y de cuerpo, esclava y tutora a la vez de su marido, aguda para las cosas pequeñas y *prácticas*, vulgar para otras de alto vuelo, sólo le falta a *Camila* un poco más de ambiente espiritual, un horizonte más amplio en la concepción de su papel en el mundo, para ser modelo apetecible de mujeres. Al lado de sus hermanas, neuróticas y sensuales, al modo de *Jenara*, representa la protesta viva de todo lo normal, lo sano, lo bueno, sin luchas ni vacilaciones, en esferas fundamentales de la moral familiar; y gustosamente le perdonamos sus vulgaridades burguesas, en gracia a sus virtudes, fruto espontáneo, nacido sin esfuerzo alguno de su alma incapaz, tal vez, de talla complicada y fina, pero rica en quilates y de peso elevado y seguro.

Fortunata es una felicísima creación en que Galdós ha puesto lo mejor de su ciencia *madrileña*, tan profunda y nutrida de pormenor como la ciencia parisién (menos experimental quizá, sin embargo) de Balzac. Es *Fortunata* legítima hija de esos «barrios bajos» de Madrid, donde vive una población ineducada, pero viva de ingenio, mezcla de grandes latitudinarismos morales y de esas virtudes espontáneas que suelen hallarse en los pueblos medio civilizados: cierta caridad ardiente y franca, en casos de sencilla y clarísima cooperación al desvalido; cierta facilidad para responder con irreflexivo movimiento a la voz de ideas generosas; cierto romanticismo simpático aunque peligroso, y aun la comprensión de determinadas virtudes domésticas

y amores familiares que, bien dirigidos y aprovechados, podrían dar mucho de sí. El contraste entre la mujer del pueblo (*Fortunata*) y la mujer burguesa, también muy madrileña (*Jacinta*), está perfectamente buscado y visto; y tal ha sido la maña del autor, que la primera, con todos sus defectos, nos atrae más que la segunda con todas sus bondades, quizá por ser éstas pasivas y expresar aquellos el arranque y la fuerza, señales de vida briosa con que toda esperanza tiene asiento. Los que sólo conocen la chula madrileña por las caricaturas del género chico, no pueden formarse idea de la admirable verdad de esa humana y atractiva muchacha que Galdós ha sabido traer al arte, sin hacerla bailar *agarrao* ni cantar *couplets* salpimentados groseramente.

Augusta nos lleva a un mundo completamente distinto: es el mundo artificial y desequilibrado de nuestra burguesía alta, en que vigorosamente medra ese tipo neurótico, abierto a todas las curiosidades malsanas, débil para todos los esfuerzos redentores, superficial e irreflexivo, de que *Augusta* es modelo acabado. Todo lo que en tales mujeres hay, a la vez, de simpático por el calor del afecto (que saben sentir a menudo hasta el heroísmo, hasta la muerte) y de antipático por su ceguera ante las delicadezas y finuras del espíritu, su falta de valentía moral, de arranque para responder a los más ardientes llamamientos de la nobleza de alma, y esa frialdad inerte que las imposibilita para reconocer la falta y redimirse en lo íntimo por verdadera contricción, hállase estudiado y claramente expuesto en el tipo de *Augusta*.

Dejando a un lado la gran parte de culpa que indudablemente tiene *Orozco* en la irremibilidad de su mujer, adviértese al punto en aquella dramática conversación última de los esposos, que *Augusta*—revelando en esto otro carácter de la especie—es de las que pueden retroceder en el camino de la falta por el temor de las consecuencias exteriores, pero que en el fondo no dejan nunca de acariciarla y de apetecerlo, gozosas de

hallar al cabo una fuerza superior, extraña, que las arrastre, o un motivo, como verbigracia, el despecho, que la justifique y disculpe. Como representante de todo un mundo— por desgracia ni nuevo ni reducida dispersión geográfica—, es *Augusta*, a mi entender, lo mejor estudiado en nuestra literatura contemporánea. Digna hermana suya en el arte, pero con aspectos nuevos que la diferencian no poco, es aquella *Ana Ozores de la Regenta*, que siempre quedará como modelo en la novela española.

Al lado de estas tres figuras maestras, agrúpanse en el mundo de Galdós otras muchas, reveladoras de manifestaciones diferentes del alma femenina: la dulcísima y triste *Marianela*, que recuerda a *Mignon*; la débil flor de *Orbajosa*, víctima temprana de los vendavales de la vida: la dramática *Gloria*, esfuerzo poderoso de una invención romántica vestida a la moderna, pero inolvidable, a pesar de la inconsistencia real que su propio autor cree hallarle; la clásica y picaresca *Andara*, que parece salida de la posada de *Monipodio*; la mística y soñadora *Leré*; la infortunada *Tormento*; la serie de viejecillas de admirable dibujo, que van desde la trastornada tía de *Miquis* a la mezquina de *Doña Lupe*, o la generosa criada de *Misericordia*: toda una galería de retratos que si no agotan (ni con mucho) la riquísima complejidad de la psicología mujeril, ni siquiera en la común y más frecuente manifestación del amor, pueden ostentar con todo derecho el doble título de genuinamente españoles y de engendrados por el más sincero y sutil arte. Para mayor colorido nacional, aparecen en el fondo las desgarradas y airosas figuras de las manolas de 1808, de las zaragozanas heroicas, de las gerundenses guerrilleras, que forman todo un género en la feminidad española; y por lo que toca al amor, bastarían para hacer grande la obra de nuestro novelista las invencibles pasiones de *Marianela* de *Gloria*, de la misma *Mariquilla* la *Candiola* (en *Zaragoza*), que tienen algo de la sublime apasionada de *Stenhal*, de la épica protagonista de *La*

Cartuja, una de las pocas criaturas del arte que se muestran realmente animadas por ese sentimiento que todos invocan y que rara vez nace de veras, penetrando el ser entero, hasta sus más hondas raíces, en el alma de las mujeres y de los hombres.

LA DE LOS TRISTES DESTINOS.

Con *La de los tristes destinos*, ha terminado Galdós la cuarta serie de sus *Episodios nacionales*. De ellos, veinte (en rigor, veintiuno, a contar del titulado *Un faccioso más y algunos frailes menos*), corresponden al reinado de esa desdichada Isabel II, cuya vida política acabó tan vulgarmente en San Sebastián, en septiembre de 1868. Tuvo la desgracia, la hija de Fernando VII, de nacer y reinar en una época de profundas crisis para el Estado español, crisis más laboriosa aquí que en ninguna otra parte del continente europeo, por la cerrada testarudez y la cortedad de miras de aquel rey Deseado, que al volver a España no supo ser ni agradecido ni discreto. Por tendencia natural de su espíritu y por educación—el fruto del insigne majadero Escoiquiz—, Fernando fué, de cabo a rabo, un monarca absoluto, más absoluto que todos sus antecesores, e infinitamente menos orientado en sus deberes tutoriales que los Borbones del siglo XVIII. Todo lo que significa libertad, expansión, civilización, en la España por él regida — de 1815 a 1833—, se debió a imposiciones extranjeras, a sugerencias conyugales (la acción bienhechora de la reina Isabel de Braganza), al temor de empeorar las cosas si continuaba tirante la cuerda; pero nada fué hijo de su espontáneo deseo ni de su clarividencia en punto a las necesidades del país.

Su última mujer, María Cristina, era del mismo modo. Si Fernando VII no hubiese tenido por hermano a don Carlos, y no se hubiera producido como se produjo la contienda dinásti-

ca, ya desde 1829, de Cristina se diría hoy la misma que se dice de su marido, o poco menos. Fué liberal por necesidad, por exigirlo así la defensa de su hija y porque don Carlos representaba el absolutismo; pero fué liberal en la estricta medida necesaria para lo que podríamos llamar la «plataforma» política (usando el modismo anglo-sajón), y estuvo dispuesta siempre a oír antes a los de la derecha que a los de la izquierda o del centro, y a no otorgar las reformas sino a tirones, por amenazas, y con recortaduras que las herían de muerte apenas nacidas. Con esto, siguió dominando en la corte, substancialmente, el partido que había dominado antes de 1833. Y con esa tradición y ese ejemplo casero, se crió y educó Isabel II, cuya formación como reina no supieron o no pudieron hacer los encargados de tan espinosa labor. Muy verosímil parece que, según opinan varios historiadores y biógrafos, el espíritu de Isabel II fuese por inclinación natural generoso y amplio: aspecto del liberalismo intelectual que fácilmente se inclina a dar sus frutos en lo político. Pero le ocurrió lo que a tantos otros que sólo son buenos sentimentalmente: ni tuvo fuerza intelectual para traducir en organización sus inclinaciones, dirigiendo con mano segura y vista clara los elementos de que dispuso, ni energía de voluntad para romper con los continuadores de la tradición de su padre y desoír sus consejos.

Para decirlo todo de una vez, a la reina le faltó cultura, no sólo política, sino de todo género, con que elevarse sobre las supersticiones vulgares que, en manos de los reaccionarios, fueron el arma más poderosa de dominación. Con esto, ella vino a ser el juguete de las voluntades ajenas. Las vacilaciones y los cambios bruscos que tanto se repitieron en su reinado (y de que Galdós ofrece una elocuente muestra en este último episodio, al relatar la despedida de O'Donell), son demostraciones de una voluntad débil porque no puede apoyarse en un espíritu libre y a la altura de los problemas y necesidades de su tiempo.

Verdad es que monarcas así, también los padecieron otras naciones europeas en el siglo XIX; pero la remoción de personas y el vigoroso empuje de la colectividad, cambió en ellas el curso de las cosas, que aquí se estancó durante muchísimos años, por el respeto a la soberana (en parte, porque no había otra solución, si no era la de don Carlos) y por el mayor arraigo que en nuestro pueblo tenían las ideas favorables al régimen absoluto, a la intransigencia y a la comedia constitucional. Todas las demás cosas a que han concedido importancia los historiadores—disputas y rivalidades de militares, influencias íntimas en el ánimo de la reina—, fueron puramente episódicas, y en fin de todo, no causas, sino efectos del estado general del país y de los otros factores personales que ya se han apuntado.

En rigor, la lucha política fué doble en España, desde 1833 a 1840. El liberalismo y el constitucionalismo tuvieron que defenderse, en los campos de batalla, contra don Carlos y sus secuaces; en la esfera política legal, contra las resistencias de la corona y el predominio de los que, si aceptaban todo lo externo del nuevo régimen, vivían, en lo interno, completamente a la antigua. ¿Cómo era posible lograr, con esto, triunfos rápidos, y sobre todo estables? Así se ve que las situaciones reformistas son efímeras; y largas las conservadoras. Si en estos vaivenes de desigual ondulación iba quedando algo y ganándose terreno en las leyes y en el andamiaje de instituciones, fruto era de la presión internacinal, que calladamente empujaba, y de esa suave e inadvertida infiltración que las ideas nuevas logran, aun en los cerebros más refractarios, cuando es prolongada la lucha con ellas. Poco a poco, el programa mínimo iba pasando de la izquierda a la derecha; y los progresista, por lógica evolución, subían a exigencias mayores y más substanciales que, rigurosamente, no pasaban de la realización de aquel programa radical planteado en 1812 por los liberales de Cádiz. Y si en 1840, por la terminación de la guerra

civil, uno de los dos términos del problema pareció quedar eliminado, no lo fué en realidad; ya que, de una parte, el temor de que aquélla se reanudase era continuo y motivado, y de otra, el carlismo, que ya no peleaba con el fusil, se sumó con las fuerzas reaccionarias de los partidos legales y aumentó enormemente su peso y su resistencia.

Todo esto lo ha historiado muy bien Galdós en sus *Episodios*, que cada día más han ido apartándose del terreno novelesco para entrar, decididamente, en el histórico. En los últimos—si se exceptúa *Carlos VI en la Rápita*, donde la ficción excede a la historia—, Galdós escribe más como historiador que como novelista: según se ve, no tan sólo en la materia de cada volumen, sino también en el tono con que están escritos, en la penetración creciente del juicio personal del autor y en el relato caliente y vivo de los sucesos, que los comentarios de Galdós surcan y entreveran a cada paso. No parece inverosímil suponer que Galdós ha sido arrastrado a dar ese giro a los *Episodios*, por su reingreso en la política palpitante, por el espectáculo de la España de hoy y por el deseo de ofrecer a ésta ejemplos y casos que reflexionar en su vida pasada. Después de todo, es esa hoy una inclinación natural del espíritu de los españoles, para quienes resulta ahora más viva que nunca la historia. Compruébanlo así las conversaciones que a diario oímos y tenemos todos. Yo lo he visto demostrado de una manera elocuentísima, no hace mucho, en el Ateneo. Relatábanse en la cátedra las negociaciones seguidas, en 1815, para casar a Fernando VII con una gran duquesa rusa, negociaciones en que la disparidad de cultos puso graves dificultades y en que se trató del establecimiento de una capilla privada en palacio y de otras concesiones a la religión de la duquesa. El narrador contó lo pasado sin apuntar siquiera su relación con lo presente: pero el comentario unánime del público dijo así: «La Historia se repite». Galdós debe creer también que la Historia de España se repite, que no es sólo en el drama de Ibsen donde

hay «aparecidos» o «espectros», y de ahí el tono de los *Episodios* más recientes.

En ellos, además de lo apuntado, nótase una gran supremacía en el orden político sobre los demás de la vida española, a diferencia de lo que puede advertirse en la tercera serie. Veo en ello un nuevo signo de esa preocupación de Galdós, a que acabo de aludir. Quizá también está en ella la explicación de otro hecho, que señala nueva diferencia entre estos *Episodios* (singularmente los dos últimos) y los anteriores: me refiero a la casi exclusiva pintura de los fenómenos externos políticos. En *Prim* y en *La de los tristes destinos*, se ve la marcha externa de la Revolución: las sublevaciones, las barricadas, el constante conspirar, la preparación del estallido supremo, en cuanto a sus factores de fuerza; pero no la agitación ideal que trabajaba entonces, más hondamente que todo aquello, en el espíritu español, y que hizo del período revolucionario de 1868 a 1874 cosa tan distinta a la que apetecían y esperaban los sublevados de Cádiz, tal vez el mismo Prim. La pintura de esa agitación falta en los últimos *Episodios*, casi por completo. Sólo se alude a ella incidentalmente, con frases aisladas, y en aquel breve capítulo dedicado al Ateneo de la calle de la Montera. Yo confío en que Galdós volverá sobre el asunto y llenará ese hueco de su historia contemporánea. Me lo hace presumir así el anuncio, para en lo sucesivo, de *Episodios* sueltos (como aquella admirable *Fontana de Oro*), en que *ad libitum*, sin compromisos de serie que imponen rigores cronológicos, Galdós irá trazando el cuadro de la vida española en el último tercio del siglo XIX, haciéndonos ver la transformación que ha sufrido en todos los órdenes.

Así lo hizo en las series primera y segunda, en cuyos libros vemos desfilar, no sólo la política española, 'si no la sociedad entera, con el profundo cambio en sus costumbres, modas, trabajo económico, sentimientos de religiosidad, ideas de patriotismo y de organización social y medios materiales de relación y

de confort. Claro es que quien conozca algo la historia moderna de España, leerá con más fruto que quien la ignore los *Episodios*, y encontrará en ellos fácilmente esos detalles de alta significación en el mudar de las cosas nacionales, dando a cada uno su valor propio; pero aun sin esta preparación, quien lea aquellos cuarenta tomos y los lea íntegros (no como suelen hacer las señoras, y aun muchos caballeros, que tras las primeras páginas saltan al final buscando *el desenlace*), saldrá sabiendo, de nuestra historia en el siglo XIX, mucho más de lo que le enseñarían todos los manuales—y los no manuales—de los historiógrafos que hasta ahora hemos tenido. En general, los progresos realizados durante la monarquía de Isabel II, allí están expresos y vivos: y por cierto que, mirando bien, se advierte al punto la diferente trayectoria de estos hechos sociales y de los políticos, que demasiado a menudo y de manera harta absoluta suelen mezclar y suponer correlativos las gentes.

Porque es verdad que España progresó, intelectual y materialmente, durante el reinado de Isabel II, al paso que se estancaba o retrocedía en el orden político; pero ese progreso no cabe inscribirlo en la cuenta de los favores que se deben a la reina y a sus gobiernos, si no es a impulsos de la preocupación del *héroe* y de la omnipotencia de la acción política y gubernamental, que ha desviado del buen camino a tantos historiadores. La nación mejoró sus condiciones de vida, fuera y aun a pesar de lo político, por empujes individuales, por penetración de influencias extrañas, por el impulso natural de las cosas, a que el Estado ayudó como uno de tantos factores que el movimiento general arrastraba. Lo que ocurre es que, por la absorción que el Estado ha hecho de casi todas las actividades sociales, sus organismos llegan a todos los órdenes de vida y producen la ilusión de que son ellos los motores, cuando no pasan de ser concentraciones poderosas de medios que las fuerzas exteriores al Estado utilizan. Isabel II no fué una reina promovedora de esos progresos a que nos referimos. Coinci-

dieron con su época, y nada más. En cuanto a sus hombres de gobierno, apenas algunos de entre ellos tuvieron conciencia clara de los problemas nacionales y de la jerarquía que entre éstos existe. De ordinario; los sacrificaron todos a la política, considerada como causa, o a lo menos como condición general de progreso en los pueblos. Si a otros intereses se les ve atender, será, o por iniciativas individuales (de éste o el otro ministro), no como exigencia de un programa de partido, o, en los casos más favorables, de un modo fragmentario, esporádico, pasajero. ¿Quiere decirse que hayamos de despreciarlo? Hacerlo así sería injusto y antihistórico. Pocos y sueltos, aquellos avances que significan, después de todo, una vuelta a la labor regeneradora del siglo XVIII, han sido la base para los de ahora y los futuros.

Y lo que de esto se dice, hay que decirlo también de las instituciones políticas. Las deficiencias que en ellas encontramos hoy (especialmente la falta de arraigo en las costumbres, la constante falsificación en la práctica), no deben llevarnos a desconocer que lo substancial de las garantías exteriores que han de hacer posible en lo futuro la verdadera libertad del ciudadano español, lo poseemos gracias a la lucha fervorosa y constante de aquellos liberales de antaño. El error nuestro ha sido no sustituir aquel ideal por otro de reforma interna, y perpetuar cosas que ya son arcaicas; pero el conjunto de condiciones que hoy permiten nuestra acción política, a ellos lo debemos. Por haberlas regateado cicateramente, la Revolución de 1868 destronó a Isabel II.

No faltaron en aquellos tiempos hombres que, comparando nuestro lento caminar en el sentido de la civilización con la rápida carrera de otros pueblos, se mostraron descontentadizos y aun pesimistas en cuanto al porvenir de la nación. Estos hombres, extranjerizados, padres espirituales de los secesionistas modernos, de los que sólo ven remedio a los males presentes en una intervención y semiconquista inglesa, francesa o

alemana, figuran a menudo en los *Episodios* y constituyen allí el signo vivo de los hechos importantes de nuestra historia moderna: la influencia ideal de otros pueblos (no sólo europeos, sino también americanos: los de Estados Unidos), que desde el siglo XVIII se siente de una manera tan honda y explica tantos de nuestros fenómenos sociales, y el pesimismo nacional, que de un modo tan deprimente hubo de manifestarse en 1898 y que, antes de eso, constituyó la atadura más formidable de políticos como Cánovas.

Galdós pertenece—o ha pertenecido hasta hoy—a esa corriente; de modo tal, que algunos de sus personajes extranjerizados son él mismo, y reflejan el más íntimo y personal pensamiento de su creador. Pero aunque esto haya podido influir para que se repitan en la serie galdosiana (incluso fuera de los *Episodios*; por ejemplo, en *Fortunata y Jacinta*), su aparición no debe tomarse como un simple subjetivismo del novelista. Ellos son una realidad psicológica de nuestra vida moderna, realidad de la que participan todos los patriotas clarividentes, hasta los que no son pesimistas.

Con estos y otros aciertos en que Galdós prueba que conoce a fondo nuestra historia, su obra novelesca es, a mi juicio, de todas las de la época presente, la que mejor retrata el ser de un pueblo entero.

La Comedia Humana de Balzac es abstracta; condensa una psicología general, que puede aplicarse a los hombres de todos los países. La serie de Zola es la historia de una familia, que sólo a veces y de un modo fragmentario deja ver la de una sociedad en algunos de sus aspectos, y no siempre con el verdadero realismo que predicaba su autor. Las novelas de Galdós son, por el contrario, España con toda la individualidad y originalidad de nuestra manera de ser, de nuestra psicología colectiva. Allí está nuestra alma moderna, reflejada en nuestros hechos; y de tal modo ha sentido Galdós la vocación de esa

pintura, que, no bastándole el marco amplísimo de los *Episodios*, ha insistido en ella y la ha completado en sus demás novelas, la mayoría de las cuales (*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *El audaz Fortunata y Jacinta*, *Angel Guerra*, *Cassandra*, *La desheredada*, *La de Bringas*...) son, en lo más substancial suyo, historia de España.